

Atenas bajo la demagogia

ATENAS, conquistadora a su pesar esta vez, atada al carro de las victorias de Alejandro, pagaba a precio de humillación y de esclavitud, los pecados de su pueblo, caído en la demagogia insolente de Demades y en la venalidad y la gula insaciables de Demóstenes.

La canalla engreída, turbulenta, ignorante, díscola, ambiciosa, materia de vil comercio en las manos concusionarias de los demagogos, arrastraba por el cieno de todas las degradaciones el símbolo de su libertinaje inconsulto: la Democracia que adquirió a precio de sangre en los llanos de Maratón y de Platea, o sobre las playas y sobre el mar, en Salamina y en Micala.

Mientras los soberbios bridones áticos de los conquistadores saciaban su sed en la linfa de los cinco caudalosos ríos que vieron levantarse en sus orillas, seculares y poderosas civilizaciones, la cuna ilustre de Solón, nodriza de la sabiduría, madre candorosa de la humildad y de la pobreza, de la abnegación y del valor, se humillaba vencida, rota, inerme, ante la insolencia de un advenedizo, ante la vengativa y calculadora ferocidad de un caudillo oscuro.

Unos años apenas, desde Filipo a Antípatro, desde Queronea a Cronon, y la cadena del siervo que ya Lisandro había colocado una vez y sobre los pies ágiles, heraldos de las victorias atenienses, con Fedípido y con Euquidas, quedó remachada.

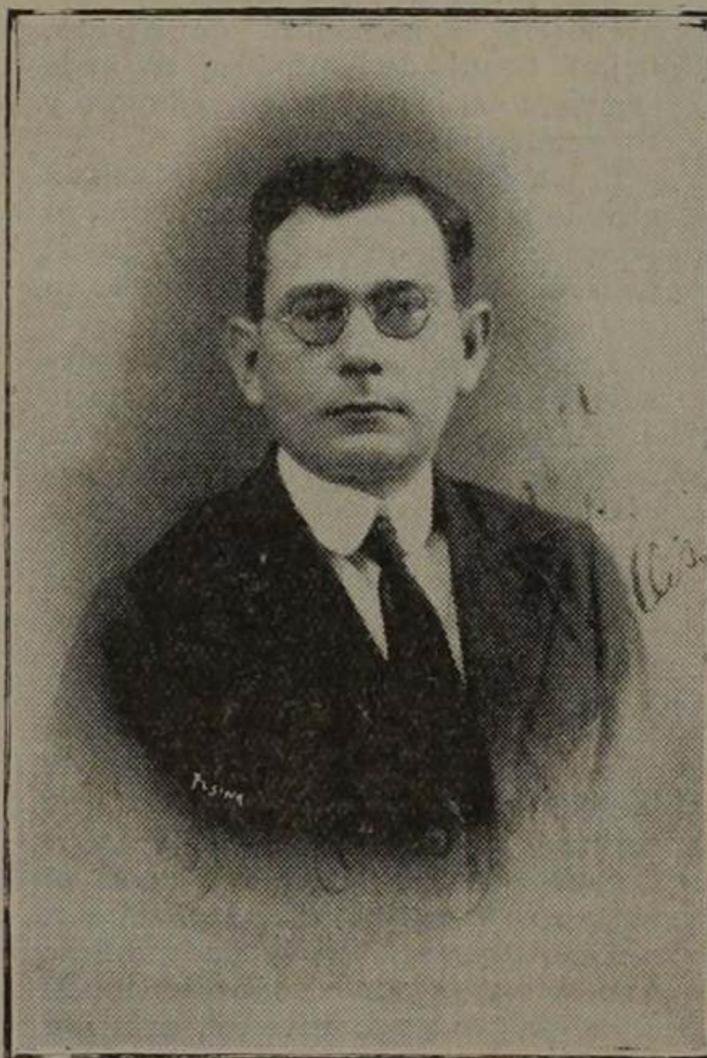
Atenas recibió guarnición macedonia en su recinto, y la esclavitud de la ilustre ciudad, fué decretada de hecho.

Como si hubiera desaparecido el aliento vigoroso de las venerables tradiciones, el noble afán de libertad, simbolizado en el gesto heroico, varonil y bizarro, del hoplita vencedor que hizo esculpir Milciades en el Pórtico del Pecilo, esta Atenas, más sencilla, más ruda y más heroica aún, a través de las cariátides y de los altos relieves de las metopas del Teseión, envilecida ahora, fiaba a la elocuencia de sus oradores y de sus filósofos, no el éxito de las empresas victoriosas que antes supo arrancar al enemigo sobre los campos de batalla, sino la merced, la gracia de la propia libertad que ya no merecía, por su envilecimiento plebeyo, por el ludibrio a que la llevaron los desmanes, la ignorancia y la inconsciente perversidad de la multitud omnívota.

Solo dos hombres imponían aún

algún respeto a propios y a extraños, sólo dos naturalezas privilegiadas, dos epíritus arcaicos, próceres, dos inteligencias de viejos eupátridas, levantaban la frente, en medio de aquella general humillación de siervos: Foción el orador, y Jenócrates el académico.

La ruda, la sencilla, la humana elocuencia de Foción, imploró también, es verdad, la clemencia del tirano Antípatro, pero evitó a su pa-



Don FERNANDO LLES Y BERDAYES,

distinguido escritor cubano. De sus obras, hemos leído *La sombra de Heráclito*, Habana, 1923.

tria un último y definitivo desastre.

Jenócrates, indomable, que conservaba el orgullo de los hombres libres de su raza, y que, como un hombre libre, habló ante el tirano, no fué escuchado siquiera, y la ocupación de Atenas por los soldados macedonios, se llevó a cabo inmediatamente.

Un recuento de hombres útiles que por entonces se hizo, arrojó no menos de doce mil ciudadanos indigentes, simples desocupados, que hasta aquella fecha habían venido librando la subsistencia a costa de la ciudad, ya de las distribuciones periódicas de trigo y de aceite, ya como magistrados del Pnix, ya como delatores públicos, o bien usufructuando gabelas

de rufián con el comercio de las esclavas complacientes.

Toda esta multitud onerosa y parasitaria, informe producto democrático que desde los días del establecimiento de la primera república ha parado en ser uno de los factores más esenciales de anarquía, de mixtificación de credos, de vicio, de desorden, de iniquidad, de crimen y de oprobio, halló en aquella ocasión castigo aunque moderado de sus culpas, de sus delitos afrentosos y oscuros.

No pudiendo satisfacer al invasor el tributo de extranjería obligatorio, toda aquella vil muchedumbre, notada de infamia, generalmente, apeló al destierro voluntario, para no perecer de inanición en el recinto de la ciudad heroica que ellos habían deshonrado, con su cobardía y con sus vicios.

El ostracismo, la prerrogativa absurda de las masas insubordinadas y vengativas, la ley tumultuosa que la plebe solía aplicar con injusticia y con deleite a todos aquellos cuya conducta honorable, reprochaba, como ejemplo vivo, la brutalidad y la incontinencia del populacho, el ostracismo vindicador que no se votó esta vez para los ilustres, alcanzó, sin embargo, en sus efectos de extrañamiento forzoso, a toda aquella legión voraz y parasitaria de Atenas.

Una vez más, como en los días de penuria que trajo consigo la concentración de las poblaciones rurales en las guerras del Peloponeso, lucha fratricida, inicua, pródiga en frutos de traición, reveladora del bajo nivel moral y del escaso o negativo valor ético de las democracias, origen indudable de la decrepitud definitiva de Grecia, como en aquellos días de baldón y de oprobio que sangran y que rezuman miseria, a través de las páginas serenamente acusadoras de Tucídides, o en el gesto grotesco de las carátulas cómicas de Aristófanes, la ciudad gloriosa con Temístocles, caía con sus demagogos, no ya sólo en el hambre y en la mendicidad de antaño, sino que también en la servidumbre y en el éxodo.

Era en los días en que Aristóteles, acusado de impiedad, buscaba un refugio en Calcis; era en la época hija del tumulto, que sancionaba el dictamen de la plebe en los tribunales del pueblo; era el instante crítico en que la absurda tiranía de las muchedumbres soberbias, pasaba a conservar un resto de inútil libertad, a título precario y a precio de indignidades; era el momento de merecida ignominia en que el ilustre Foción, casi abandonado, en medio de aquella tempestad desa-